



**Pregón
de la Semana Santa
Cartagena 2007**

Mons. Juan Antonio Reig Pla
Obispo de Cartagena



Mons. JUAN ANTONIO REIG PLA
Obispo de Cartagena

Pregón de la Semana Santa

Cartagena, 2007

Publicación patrocinada por la
Caja de Ahorros del Mediterráneo



Mons. JUAN ANTONIO REIG PLA
Obispo de Cartagena

Pregón de la Semana Santa
Cartagena, 2007

© Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Juan Antonio Reig Pla

Editan:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena
Caja de Ahorros del Mediterráneo

Imprime:

Gráficas F. Gómez, s.l. - Cartagena

Dep. Legal:

MU - 647 - 2007







Pregón de la Semana Santa de Cartagena
pronunciado por el Excmo. y Rvdmo. Mons.
D. Juan Antonio Reig Pla, Obispo de Cartagena
el Viernes de Dolores, día 30 de Marzo de 2007
festividad de la Patrona de la Ciudad,
en el Nuevo Teatro Circo.



*"Cuando Yo sea elevado, atraeré
a todos hacia Mí"*

(Jn 12, 32)

I. SALUDOS INICIALES

He quedado gratamente sorprendido por la acogida recibida desde el momento de mi llegada a esta amada tierra de la Región de Murcia, y concretamente el día que vine en barco a esta hermosa ciudad de Cartagena. Vuestra alegría, bondad y generosidad han cautivado mi espíritu y me alienta a corresponderos con la misma sinceridad.

Vaya, por tanto, en el momento inicial de este Pregón, mi afectuoso y entrañable saludo a todos y cada uno de vosotros, ciudadanos de Cartagena; y ello lo hago, también, a través de aquellos conciudadanos nuestros que nos sirven y representan desde la Institución pública, en la persona de Doña Pilar Barreira, nuestra alcaldesa, y demás autoridades civiles y militares hasta llegar a los presidentes y hermanos mayores de cada una de las Cofradías.

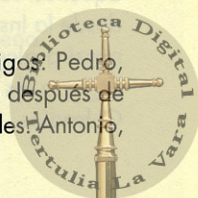


II. INTRODUCCIÓN

Según me consta por el estudio somero de los pasados pregones de Semana Santa pronunciados en nuestra ciudad, se nos ha hablado de la historia fundacional de cada una de las Cofradías, de cuál es su misión y de cuántos han sido sus avatares. Otros nos han hablado de cómo siente un hijo de Cartagena que lleva su Semana Santa en la sangre la experiencia de recitar un Pregón. ¿Qué nos queda, pues, por indagar? Creo que poco desde este punto de vista. Quizá sea el momento de *profundizar*, de dirigir nuestra mirada al tesoro del que humildemente presumimos, con una atención "más viva", como sugiere nuestro Papa Benedicto XVI en su mensaje para la Cuaresma del año en que estamos.

Os propongo, por tanto, que en este breve momento dirijamos nuestra atención al cuadro que voy a intentar dibujaros. Para ello, voy a prescindir de dirigirme a vosotros en la forma de discurso y os voy a presentar, en la forma de un diálogo literario – ficticio, las pistas para profundizar en el misterio que nos presenta la belleza de nuestra Semana Santa cartagenera.

Se trata de un encuentro entre dos viejos amigos: Pedro, natural de Burgos, tiene 64 años y acaba de jubilarse después de dedicarse toda su vida al negocio de la venta de muebles; Antonio,



su amigo, tiene 65 años y vive desde siempre en Cartagena, después de haber sido minero en la Unión. La peculiaridad de esta pareja de amigos es que Pedro es un escéptico y ateo convencido de siempre mientras que Antonio es "procesionista" de toda la vida, amante de los pies a la cabeza de las tradiciones de su tierra.

El contexto de este encuentro es que, por diversas circunstancias, hacía ya casi tres años que Pedro y Antonio no se veían, y desde mucho tiempo ha sido el deseo de Antonio el hacer venir a Pedro de su tierra natal para que pudiera contemplar y gozar de las maravillas que la Semana Santa de Cartagena significa. Ello le serviría, además, como una gran oportunidad para dar razón de su fe a su amigo incrédulo y hostil contra todo lo referido a la Iglesia Católica y al cristianismo.

Este año, por fin, llegaba la oportunidad, pues estando ya los dos jubilados podrían pasar juntos estos días de Semana Santa aquí en Cartagena y dialogar largo y tendido.



III. DESARROLLO

Son las dos de la tarde exactas del día 29 de marzo, jueves, el día anterior al Viernes de Dolores o de Pasión, día en que Cartagena celebra la fiesta de su Patrona, la Virgen de la Caridad, y se ponen en marcha las procesiones. El barco en el que viaja nuestro amigo Pedro, el burgalés, está a punto de atracar en el Puerto de Cartagena, en el que según la tradición desembarcó el Apóstol Santiago con nada más y nada menos que el Evangelio de Jesucristo. Antonio, el cartagenero, expectante, observa con atención a todos los tripulantes a la llegada del barco que bajan con grandes gestos de cansancio. Es un día húmedo. El sol es tórrido y la brisa del mar cautivadora. Por fin aparece Pedro que se funde con su amigo en un entrañable abrazo.

¡Por fin, por fin! -exclama el cartagenero a su amigo- ¡Por fin en Cartagena! ¡Será inolvidable!

Tras las típicas preguntas sobre la familia y la reciente jubilación de ambos, los dos, montados en un taxi, se dirigen al hotel Cartagonova donde Pedro va a residir durante toda la Semana Santa.



Por el camino, tras el comentario de la asombrosa temperatura de la hermosa ciudad, Pedro pregunta a su amigo con cierto aire de expectación:

Bueno, muchacho ¿por qué no me explicas qué vamos a hacer durante toda la semana? ¿no podríamos hacer alguna visita turística?

No había terminado de hacer la pregunta cuando el taxi para en la puerta del hotel. Los dos salen y, tras despedir al gentil taxista, y después de dejar el equipaje en la habitación, se dirigen al comedor del mismo a comer, aunque ya es un poco tarde. Durante la comida, Antonio propone el plan de la semana a su huésped recién llegado.

Mira, Pedro, yo sé de tu interés por conocer la gran Semana Santa de Cartagena de la que tantas veces te he hablado no sin pasión; por tanto, he pensado que, al margen de otras salidas turísticas, podríamos centrarnos especialmente en las procesiones. Podemos verlas, explicarte su historia, el arte, la belleza y la verdad que ellas representan.

¿Qué te parece? –pregunta con aire de convencimiento-

Bien, me parece bien –asiente el otro un tanto escéptico con la mirada-

El resto de la comida quedó para un comentario que el cartagenero le hizo al burgalés:



¡Es curioso!: tú, ateo militante y gran escéptico contra la historia cristiana viniendo por el mismo Puerto por el que hace ahora más de 2000 años vino el Apóstol Santiago.

¡Vaya! –responde el otro- y ¿quién te ha asegurado a ti que esa tradición no es más que una colección de afectos?

Mira –replica el primero- el año 36 de nuestra era entró Santiago por el Puerto de Cartagena, cosa que es bien sabida por todos los hijos de esta tierra, y nadie hasta el momento que tenga peso en el estudio de la historiografía, lo ha desmentido.

Al término de la comida, ambos se disponen a descansar. Ha sido un largo viaje. Por la noche comienza la Pasión a tomar las calles. Los dos quedan en verse bien temprano del día siguiente, Viernes de Dolores o de Pasión para presenciar el acontecimiento tan esperado por tantos.

Entrada ya la madrugada del día esperado, viernes 30 de marzo, nuestros amigos se encuentran en la pequeña explanada que desemboca en la Catedral vieja, donde se produce el *Encuentro* de la primera procesión de Semana Santa en España: la del Cristo del Socorro y Ntra. Sra. de la Soledad del Consuelo. Antes de llegar allí han visto el paso de las imágenes a su salida. El ambiente en las calles y en los espíritus puede llegar hasta incluso a tocarse: hay emoción y expectación. El burgalés, algo ensoñado por el madrugón, se encuentra un tanto aturdido y desconcertado dentro de esta *extraña para él*, fiesta religiosa.

Bueno, Pedro -pregunta Antonio, el cartagenero-, antes de que lleguen las imágenes y se produzca el encuentro ¿qué te parece esta primera toma de contacto?



Antonio, en realidad, no sabe qué contestarle a su amigo; lo que tiene claro es lo que *no puede* decirle, y eso es precisamente lo que está sintiendo en esos momentos: emoción, alegría y contento. Al fin, se resuelve a responderle:

Ciertamente me sobrecoge bastante la sobriedad, el silencio, el respeto y la actitud de la gente.

-Entonces, su amigo le explica:-

Mira, Pedro, en realidad la sobriedad de esta Procesión y color, el negro, se debe a su carácter penitencial, ya que se trata de un Vía-Crucis de la Cofradía del Cristo del Socorro, la segunda cofradía más antigua de todas (1691).

Interviene de nuevo el burgalés, que parece haber entrado ya en el juego y se lanza con el corazón abierto:

Antonio -dice con voz solemne ante el paso del Cristo del Socorro- me impresiona el cuadro de rosas rojas que flanquean a Jesús crucificado.

¡Ah, amigo! -responde el otro con cierto entusiasmo-. Veo que te empiezas a dejar seducir. Verás: ese conjunto de forma tan bien dispuesta hasta llegar a formar como un valle de sangre es un *símbolo*. Si te fijas bien en este paso del Cristo del Socorro, el conjunto de rosas rojas se eleva hacia lo alto junto al mismo Crucificado cuyo rostro, enseñando hasta los dientes y las manos abiertas como pidiendo socorro al Cielo, conforman el icono perfecto del amor.



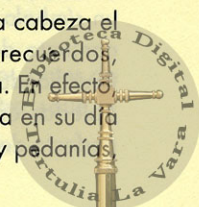
En ese momento interrumpe, muy serio, su amigo con voz cortante:

¡Cómo no! ¡Tenía que salir por algún sitio en *dramatismo cristiano*! ¿Se puede saber qué tienen que ver las rosas, la sangre, la injusticia y el dolor con el amor?

Mucho –contesta Antonio cálidamente pero contrariado-. Si te das cuenta en la vida real, fuera de los pasos de Semana Santa, los seguidores de Cristo comparten la misma experiencia del amor que su Maestro. Cuanto más se sufre, más amor se muestra; cuanto más dolor se ofrece, más se redime; cuanta más injusticia se padece y denuncia, con más ansia se vive la esperanza.

Entonces aparecen, en majestuoso silencio, las imágenes que conforman el primer encuentro.

Las palabras que Pedro acababa de oír le dejaron preocupado para el resto del día, incluso toda la Semana Santa y, quién sabe, quizá hasta el resto de su vida. Él había pensado que el amor era como uno de esos grandes cometas que fugazmente coletean a veces por el espacio, incluso entran en la tierra, pero que su energía y su calor se apagan pronto. Pero las palabras de Antonio, unidas al recuerdo en su memoria del rostro dolorido y dulce a la vez del Cristo del Socorro, lo sacudían interiormente no sin cierta virulencia. Una vez en el hotel, le venía a la cabeza el día que acababa de terminar, y dentro de los recuerdos, especialmente el de una ciudad honrando a su Patrona. En efecto, la santísima Virgen de la Caridad había sido honrada en su día con una ofrenda floral por parte de todos los barrios y pedanías,



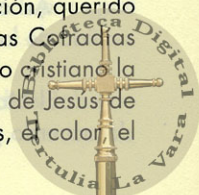
aunque más vivamente recordaba aún la ofrenda de la corporación municipal, a eso del mediodía.

El sábado, día 31 de marzo, durante el desayuno, algo ya pasada la mañana, los comentarios de nuestros amigos recayeron esta vez en la serenidad y belleza que José Hernández había dado, casi misteriosamente, a los rostros de las imágenes por él creadas; por ejemplo, el del Cristo de la Misericordia, que había "procesionado" la noche anterior, siendo aún Viernes de Dolores, junto con la Santísima Virgen del Rosario en sus misterios Dolorosos, del mismo imaginero.

Llegada la Semana Santa, el Lunes santo la cofradía Marraja saca a las calles de la ciudad a la Piedad, conjunto formado por la Santísima Virgen apoyando sobre sí el sagrado Cuerpo de su divino Hijo recién descendido de la Cruz. Tampoco esta escena dejó de impresionar vivamente a nuestro amigo escéptico que, pensando y pensando, llega a plantearse el sentido de todo lo que está viviendo. Para ello, hace una interesante petición a su querido amigo:

La verdad es que me gustaría que me informaras sobre el motivo por el cual surgieron las cofradías de Semana Santa, dada su belleza, su realismo, su orden y su rigor.

¡Gracias de verdad por hacerme esta petición, querido Pedro! –exclama el cartagenero-. –Y continúa-. Las Cofradías surgieron por la necesidad de hacer llegar al pueblo cristiano la centralidad y gravedad del misterio de la Pasión de Jesús de Nazaret. Así, mediante la belleza de las imágenes, el color, el



realismo artístico y la piedad se pretendía, en este tiempo de la Semana Santa, hacer vivas como unas *catequesis* sobre la obra de la salvación.

Interviene, entonces, Pedro con algo de ingenuidad:

¡Ah, ya sé lo que quieres decirme! Te refieres a una tradición fundada en el pueblo que pretende conmemorar un suceso histórico importante para ese mismo pueblo, como esas otras fiestas de las que me has hablado otras veces... ¿cómo se llaman?... .. ¡Ah, sí, se llaman *Cartagineses* y *Romanos*. ¿No es eso?

¡No, amigo mío, nada de eso! –responde Antonio-. La diferencia fundamental entre ambos hechos históricos es que, en el caso de los Cartagineses recordamos nuestra historia la cual, por sí misma, es digna de estudio y verificación, incluso de conmemoración festiva, pero nunca de fe. En el caso de la Pasión de Jesús, el corazón humano se enfrenta ante una respuesta que puede cambiar toda la orientación de su vida y hasta su propio ser. Es la respuesta de este corazón humano ante la acción misma de Dios en la historia de los hombres, y ¡qué difícil lo tiene aquél que quiera evadir su respuesta por haber puesto el misterio de Cristo en la misma balanza que cualquier otro mito o acontecimiento religioso!

Así concluía esta conversación tan interesante en torno al sentido de las Cofradías.

El Martes santo, nuestros amigos van a tener el primer desacuerdo profundo en una cuestión de la máxima actualidad.



Dice Antonio, el cartagenero: hoy tiene lugar el traslado de las imágenes de los santos Apóstoles Pedro, Santiago y Juan hacia la Iglesia de Santa María de Gracia, pues al día siguiente toman parte en la procesión del Prendimiento de Cristo, de la cofradía California.

¿Qué te parece? –pregunta Antonio en un tono jocosos y distendido-; los Apóstoles se escapan de casa y se van de juerga por las calles de nuestra ciudad porque quieren salir en su procesión. ¿No es de risa?

No te enfades, Antonio, -corta el burgalés el tono chistoso del otro para intervenir en clave atacante-, si te digo que sinceramente lo que se me viene a la cabeza viendo todo esto, aún con su innegable belleza, es que cada vez más veo claro y estoy en total acuerdo con los que piensan que las manifestaciones religiosas deben tener lugar sólo en el ámbito privado. ¿Qué hacemos con los inmigrantes que vienen de otras culturas y con sus religiones? ¿Qué me dices de la otra cara de la moneda?

¿A qué te refieres? –pregunta extrañado el cartagenero-.

¿Cuántas guerras, persecuciones, muertes y aberraciones se han cometido en nombre de la religión? El laicismo izando la bandera de la tolerancia y el respeto a todas las ideas por igual es la única enseña verdadera de la democracia.

Bueno, querido, vayamos por partes, pues has abierto varios frentes a la vez.



En primer lugar, discutamos qué es el *hecho religioso*. ¿Es como un medicamento que compro o uso para mí sólo? ¿Es como la ropa que me pongo para mi uso estrictamente personal? ¿Es un conjunto de sentimientos que surgen en mi interior y que pertenecen a la esfera de mis creencias personales, pero generadas por mí? ¡¡¡NOOOO!!! Aquí está el error de mucha gente, y el tuyo también. El error es considerar la fe como una decisión personal que atañe sólo a mi conciencia individual. Pero esto sólo lo puede pensar así el menos indicado para decir dónde ha de vivirse la fe, o sea, el que no la conoce. El que *vive de la fe* sabe que ésta es, en una libre decisión personal, una **respuesta** a la iniciativa **de Otro**, un acontecimiento, una relación, una amistad, una vida compartida entre el Dios amante de mi ser y el Dios cautivador de nuestra alma. La conciencia, las ideas, la esperanza, las ilusiones, las costumbres que cada uno tiene, lo cotidiano... toda la vida pública y privada en definitiva es alcanzada por el terremoto del Amor de Dios, acontecimiento que *transforma* y **da** nueva vida. ¿Cómo voy a callar en la calle, en la tienda, en el trabajo o donde sea... que *me ha seducido* el Galán más Hermoso de toda vida humana, y que es Dios mismo? Fíjate bien, aunque quisiéramos guardar este Amor para nosotros solos, su fuego es tan ardiente que nos quemaría por dentro hasta hacernos morir, *morir de Amor*, si no lo diéramos a conocer.

En cuanto a eso que has llamado "*la otra cara de la moneda*", me decías que muchas guerras, persecuciones e injusticias se han cometido por defender un credo religioso. Estaría de acuerdo contigo sólo si cambiaras un poco la frase: esas maldades se han cometido "**en nombre de**" la religión, pero no "**según la verdad o el espíritu**" de ella. El fruto de permanecer **fieles** en el Amor y en

la Persona de Cristo es la santidad; esa santidad de tantas personas que dan testimonio de un Amor que ni el mundo ni persona alguna puede dar porque no lo tiene, y ello porque es de *Dios*.

Seamos sinceros. Laicismo tal y como hoy se entiende no significa respeto y trato igualitario a toda confesión religiosa o la libertad y autonomía del Estado en sus competencias. Esto lo ha añorado la Iglesia desde el siglo IV. El laicismo que hoy se busca es el que suponga la desaparición del ámbito social y público de todo hecho religioso, y especialmente del hecho cristiano. Y ello por dos razones: una porque se arrastra la herencia de un sueño del que algunos todavía no han despertado: la Ilustración, cuyas ideas se han puesto en práctica en Francia sembrando el terror, el miedo y la muerte. La segunda razón la expresan aquellos grupos que reclaman: *"Sin laicismo no sería posible la interrupción voluntaria del embarazo, la unión matrimonial entre personas del mismo sexo..."*¹ Este laicismo llega a decir que *"el Estado Democrático y la Ley no obedecen a ningún orden preestablecido de rango superior, pues la única voluntad y soberanía es el de la ciudadanía"*². Esto nos lleva al tema que tú también has apuntado de la tolerancia y respeto a todas las opiniones por igual: el *relativismo*. Se equivoca aquél que piensa que la opinión de la Iglesia, por ejemplo en cuestiones morales, es una opinión más o menos subjetiva o condicionada por su fe religiosa. Prueba de ello es que los argumentos que ella da en cuestiones morales raras veces se ven en la necesidad de citar las fuentes de la fe, a no ser más que para confirmar lo que la **ley natural señala** a todos los seres humanos

1 Manifiesto del P.S.O.E. en el XXVIIIº aniversario de la Constitución Española. P. 2.

2 Ibid. p. 2.



a través de su conciencia. Es un insostenible y temible error izar la bandera del relativismo, porque su fruto es la destrucción del propio hombre. ¿Por qué? Pues porque el mundo, la naturaleza y el ser humano no se dan a sí mismo el ser y el existir sino que lo **ha recibido**. Esto significa que una persona, por más libertad que tenga, no *tiene licencia* para crear las normas morales o la verdad de las cosas, y ello porque tal orden y verdad de las cosas **la da SÓLO AQUÉL** que, con el ser y el existir, da a los seres su verdad y su orden. De esto modo, la única verdad del matrimonio y la sexualidad, por poner dos casos, es *la familia* formada por un hombre y una mujer, pues la verdad de la sexualidad no es ni la sola genitalidad ni la orientación que se tenga a obtener placer de un sexo o de otro. La verdad está exclusivamente EN EL AMOR mutuo entre un hombre y una mujer. ¿Por qué sólo entre hombre y mujer? Porque sólo puede existir *reciprocidad* en una pareja en la que existe la *complementariedad*, y esto sólo ocurre entre un hombre y una mujer, porque ser hombre o ser mujer es **más** que el mero sentir placer o afecto sensible por un sexo u otro. Es, además, reconocerse creados con una vocación singular y particular: el don de sí de modo **concreto**, es decir, que en la diferencia sexual tanto el hombre como la mujer poseen una riqueza **propia** que ambos se dan haciendo ese don mutuo propiamente fecundo. Por eso, sólo el amor recíproco enriquecido por la complementariedad personal puede ser **fecundo**, dar fruto, y ello acontece después del don de sí perfecto entre un hombre y una mujer que se han entregado para siempre para amarse y cuidar del fruto de su amor, los hijos.

Tras esta larga conversación, había quedado lejos la salida de los tres Apóstoles hacia la Iglesia de Santa María de Gracia para la procesión de Miércoles santo.



Llegamos ya al cuatro de abril. Es el día de la cofradía California, fundada el 13 de junio de 1747. Allá, en la calle del Aire se encuentran nuestros simpáticos amigos para contemplar la procesión cargada, como siempre, de algún comentario interesante.

Esta noche –comenta Antonio- te sorprenderá la belleza en la expresividad de los rostros de las imágenes.

Efectivamente, la cara del burgalés al paso por la calle del Aire de imágenes como San Juan, con los ojos desconcertados y hasta enrojecidos de temor y angustia por la suerte de su Señor, la majestuosidad de Santiago, el ímpetu inextinguible del temperamento del príncipe de los Apóstoles, San Pedro, emocionan a todos. Sin embargo, hemos de destacar dos rostros. Así lo hace el cartagenero con su amigo:

¿Te has fijado –pregunta al escéptico en voz baja al paso del conjunto de la Oración en el Huerto- en la cara de Jesús ante la indicación del Santo Ángel Consolador?

Me pregunto –responde el otro- qué significará esa escena. Pues significa que Jesús, Dios y hombre verdadero, experimenta en esos momentos el sabor amargo de la Pasión.

Pero ¿qué es *la Pasión*? –pregunta enérgico el burgalés provocando el ¡¡¡shhhhh!!! de las personas que ven la procesión al lado- ¿Por qué *la Pasión*? ¿Qué consigue Jesús con esta agonía? ¡No lo entiendo!



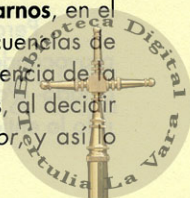
Tranquilízate –recomienda a su amigo-. Ante todo, intenta descifrar el lenguaje encerrado en la expresión del rostro. Jesús está angustiado: la Pasión y su angustia en ese momento significa que el Nazareno tiene conciencia de estar cerca de la muerte, del vacío, de la soledad, del abandono. Todo el dolor y el sufrimiento provocado por los golpes, los azotes, las burlas no son sino la antesala exterior *del verdadero dolor* del Dios hecho hombre.

¿De qué dolor hablas? –pregunta Pedro interesado-.

Del dolor de la indiferencia humana ante la acción misericordiosa de Dios. La tibieza de los consagrados, los pecados de todos los hombres, la infidelidad de muchos miembros de la Iglesia, el no reconocimiento del Amor de Dios en el misterio de Su Pasión supone para el mismísimo Dios *el martirio más desgarrador*, y que bien está expresado en este rostro que estamos contemplando en el paso.

Pero... a ver... hay una cosa que no entiendo –de nuevo mostrando gran interés el escéptico- ¿por qué tendría que importarle a Dios, si se supone que es Todopoderoso y sin necesidad de nada ni nadie, nuestra respuesta? ¡No lo entiendo!

Efectivamente –expresa el cartagenero con seguridad- Dios no necesita de nada ni de nadie porque es la Plenitud misma del Ser pero, una vez que Él, *libremente*, ha decidido **amarnos**, en el acto de amar está el compromiso de sufrir las consecuencias de lo que esto significa: dolor, infidelidad, no-correspondencia de la otra parte, apatía, desapasionamiento, egoísmo. Dios, al decidir amarnos, *libremente* decide asumir el *peso del amor* y así lo



expresan las páginas de la Biblia. Tanto se ha tomado en serio el Señor nuestro amor que incluso ha llegado hasta el extremo de hacerse hombre para poder morir por nosotros y darnos Su Amor. Es por eso que Dios espera ansioso nuestro sí como el amante espera intranquilo el sí de la amada, como bellamente expresa S.S. el Papa Benedicto XVI³.

En ese momento aparece ante los ojos del pueblo el paso de la Santísima Virgen del Primer Dolor, la así llamada "Madre de los Californios", y que da pie a que Antonio termine su explicación.

Querido Pedro –continúa cálido, Antonio-, si en Jesús azotado o angustiado durante su Oración en Getsemaní encontramos el rostro desencajado del que asume la miseria de todos los seres humanos, fíjate ahora en este otro rostro, el de María, su Madre: verla conmueve las entrañas. No sabe uno si llorar de tristeza, de amor o si de belleza misma. Ahí tienes el mayor consuelo para el corazón sufriente y amante de Cristo Redentor: el alma rota de su madre. ¡Qué lejos quedan los dioses mitológicos de los griegos y los romanos llenos de perfección literaria! ¡Qué lejos está la filosofía oriental que no reconoce en la aceptación del sufrimiento el **crisol** del amor egoísta y la puerta de acceso al amor de autodonación!

¡No, Pedro, no! –continúa apasionado- Dios no es un ser frío, quieto, mudo... El Dios vivo y verdadero es **amante** porque

3 Mensaje para la Cuaresma 2007: Párrafo "El amor de Dios: ágape y eros"



nos ha amado y *amable* porque se ha dejado amar y consolar, como nos muestra en este paso su madre atravesada por la espada del dolor.

Pero bueno, hoy no termina nuestro recorrido, querido. Quedan más cosas por ver y conocer, disfrutar y admirar.

Camino del hotel, ya de recogida, el burgalés da vueltas de nuevo en su escéptica mente a tanta locura escuchada de labios de su apasionado amigo. Es una locura extraña. Es extraña... porque es dulce... y es dulce porque sabe **a vida**.

Nuestros amigos descansan, ya que son días de mucha intensidad. El Jueves Santo, día en que la Iglesia celebra la Institución de la Eucaristía y del sacerdocio, noche en que Jesús oró a su Padre de forma dramática en el Huerto de los Olivos, la ciudad de Cartagena acoge por sus calles la procesión del *Ecce Homo* y del Santísimo Cristo de los Mineros, procesión que tampoco nuestra singular pareja quiso perderse. Aquí la disciplina y el silencio estremecen a los que contemplan la procesión.

Y avanzando en el tiempo, este embrujamiento cartagenero de sobriedad, orden y religión nos conduce al Viernes Santo, día en que se actualiza la Muerte de Jesús, el Señor. Pedro y Antonio, que no se pierden, como estamos viendo, *ni una*, han quedado bien temprano para asistir al multitudinario "Encuentro", verdadera apoteosis de la Semana Santa cartagenera.

Pero ¿qué dicen exactamente? -Pregunta todavía ensoñado Pedro-



Dicen –responde Antonio, emocionado-: ¿quién viene? ¡El Jesús!, ¡El Jesús!, ¡El Jesús!, ¡Viva el Jesús!

-Y de nuevo Pedro-: ¡Qué cantidad de gente junta! ¡Es admirable! Pero ¿de dónde vienen los tronos con sus imágenes?

Antonio toma la palabra:

La Virgen Dolorosa, llamada “*la Pequeñica*”, parte de la Iglesia de Santa María de Gracia guiada por San Juan al encuentro del Nazareno, que a su vez parte desde la Cofradía de Pescadores, del Barrio de Santa Lucía.

Al mismo tiempo, el Cristo de Medinaceli, el así llamado también “*de los Estudiantes*”, sale de la Universidad Politécnica. Ahora, ya al alba, donde nosotros nos encontramos en la Plaza de la Merced, se producirá el “*Encuentro*”, que conmemora el momento en que Jesús, camino del Calvario, se encuentra con Su Santísima Madre.

Ocurrido el encuentro, el burgalés queda sobrecogido ante el conjunto emocionante de tronos, imágenes, el alba, una historia de dolor y amor, el gentío, el silencio, el respeto, etc. Su amigo, aunque lo ha vivido ya tantas y tantas veces a lo largo de su vida, no se acostumbra a tanta hermosura divina, y conector del silencio cómplice de su emocionado amigo escéptico, se dirige a él con una pizca de suspicacia:

Bueno, Pedro, querido ¿se te han acabado los argumentos? ¿qué te ha parecido el encuentro?



Pedro, que por el rostro no parece tener muchas ganas de comentarios, le dice a modo de sentencia:

Antonio, quiero que esta noche me cuentes con más detalle lo más importante de los sucesos de la Pasión de Jesús, el llamado **Cristo**. Ya sé que el otro día te pregunté algo parecido, pero me gustaría que esta vez te centraras y profundizaras esos aspectos más esenciales.

¡Está bien, querido, está bien! –responde con entusiasmo poco contenido el cartagenero–.

Lo que más admiraba a Antonio ante la pregunta de su amigo, no se sabe muy bien si es el hecho de que éste se interesase por estas cuestiones de la Fe o el tener que explicar esto mismo en la Procesión del Santo Entierro en la cual, la cofradía Marraja, la más antigua de todas, fundada se cree en 1565 -seguro en 1612- toma el relevo a la cofradía California.

La noche es un poco húmeda y la brisa marina aconseja una manga larga para prevenir los resfriados de este tiempo. Nuestra pareja, en medio del paso de los tronos ha comenzado su típico y particular encuentro de explicaciones, dudas y una gran ebullición de 'sentires'. Fiel a su petición, Antonio va explicando a su amigo qué conmemora cada paso. Escuchemos el diálogo a la altura del paso del trono que sostiene al Cristo del Expolio:

¡Fíjate bien, Pedro! ¡Es el Cristo del Expolio! Jesús, el Hijo de Dios, justo al contrario del camino que ha tomado nuestra sociedad, aparece con las manos vacías y entregadas, boca arriba



en señal de **entrega**, de donación. Su rostro, coronado por las espinas del egoísmo humano, mira al mundo dolorido y sorprendido por la dureza de nuestro corazón. Sin ropa, sin discípulos, sin amigos... ¡solo! Cristo se ha quedado solo para no tener más compañía que el dolor y la soledad... y a su Padre.

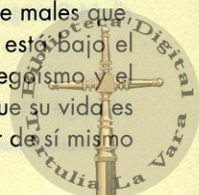
Pero ¿por qué no se defendió? ¿por qué permitió este ultraje?
-Interrumpe Pedro-

Porque la moneda de la entrega a la Pasión por parte de Cristo tiene dos caras: la del amor y la del pecado.

¿Qué quieres decir?

La cara del amor la explica el Papa bellísimamente en su Mensaje para la Cuaresma de este año. En primer lugar, Dios nos está amando hasta el extremo cuando decide hacerse uno de nosotros y tomar sobre sí nuestros males como si fueran propios. Pedro, el sufrimiento y el expolio que Dios hace de sí mismo ocultando su divinidad en la Cruz no reservándose nada hasta derramar hasta la última gota de su preciosa y divina Sangre, de Su vida, por ti y por mí, es lo que el Papa califica como "*locura de Amor de Dios*".

La cara del pecado cuesta entenderla en nuestros días, pero ahí está. Todo pecado dispara todo un engranaje de males que antes o después, nos persiguen y atrapan. El que está bajo el influjo del pecado, cuyo exponente máximo es el egoísmo y el individualismo, tarde o temprano se da cuenta de que su vida es muerte, soledad y tristeza. El que no aprende a salir de sí mismo



y descubre la aventura del don de sí *no conoce a Dios*, ni lo puede ver, ni puede disfrutar de Su dulce Amor, y ello porque sólo sabe mirarse el ombligo.

-Interviene, entonces, el burgalés queriendo profundizar las palabras de su amigo:

La verdad es que es para estar horas y horas mirando el rostro de este Jesús Nazareno. Es como si hablara, como si... *esperara...*

¡Una respuesta, amigo, una respuesta! Eso es lo que espera. Efectivamente, la obra de Dios de vaciarse y entregarse por amor a cada uno de nosotros espera esta respuesta. Ese rostro humano de Jesús Nazareno, que esconde la divinidad, expresa un deseo por parte del mismísimo Eterno: el deseo de *reciprocidad*. Con palabras de Benedicto XVI "*Dios tiene sed del amor de cada uno de nosotros*"⁴ ¿Comprendes la revolución que esto significa? A Dios no le es indiferente tu respuesta. Ese rostro del Nazareno te habla a ti, Pedro, igual que a mí; y no es una mirada poética sino **dramática**; dramática porque seguirá en agonía hasta que le demos una respuesta desde lo más profundo de nuestro corazón.

Silencio y admiración aparecen en ese momento entre estos dos espíritus. Al momento, ante sus ojos viene exhausto el trono de la Santa Agonía. Esta vez, nuestro amigo Antonio no necesita

4 Mensaje para la Cuaresma 2007: Párrafo "*Al que traspasaron*".



las preguntas de Pedro para empezar. Toma la palabra y le dice lleno de alegría:

¡Esta es la imagen, Pedro! ¡Esta es la imagen!

- ¿A qué te refieres, muchacho?-

Este trono es el resumen, la síntesis de todo lo que he querido expresarte durante toda esta Semana. Es el icono perfecto de la Fe cristiana: Jesús, clavado en la Cruz, exangüe, humillado supone el triunfo del Amor de Dios sobre el pecado, el mal, el individualismo y el egoísmo.

Querido –apunta el burgalés, perdido- explícate mejor.

Está muy claro, Pedro. ¿Cuál es la bandera de nuestra sociedad actual? El individualismo, el narcisismo egoísta que no conoce la grandeza del don gratuito de uno mismo. Cristo Crucificado nos da la clave de nuestra existencia: el amor como expropiación de uno para *ser del otro y para el otro*. Hoy nuestra sociedad occidental anda herida de muerte porque ha expulsado al Dios-Amor de su seno, y en sustitución ha sido entronizado el hombre-narciso, incapacitado para dejar de pensar en sí mismo para autosatisfacerse aún a costa de los demás.

-Pedro, sin llegar a conectar del todo con el argumento, le contesta:-

Yo creo que el hombre ha sido y siempre será egoísta porque está en su naturaleza.



Te equivocas, amigo mío –responde el otro-. Si te fijas en algunos detalles significativos te darás cuenta de lo que te he dicho. Si pensamos en la familia no podemos dejar de decir al menos que está en crisis. El padre, cuando llega a la casa está cansado y no puede dedicarse a su familia porque está entretenido mirando la televisión. La madre, como quiere trabajar en las mismas condiciones que el marido, deja al hijo en la guardería desde muy pequeño y por la tarde lo recoge. Cuando llegan a casa, tampoco tiene tiempo para hablar, jugar, estar con su hijo porque tiene muchas cosas que hacer. La solución: ponerle una película o dibujos animados de esos de ahora, que son tan educativos.

Si pensamos en la sexualidad, realidad estrechamente unida con la familia, como te dije el otro día, ha quedado reducida a una capacidad que tiene la persona de dar y recibir placer. Por esto, no importa que se puedan formar modelos de familia con otros miembros que no sean hombre y mujer, pues el sexo es algo que tengo para utilizarlo según mi antojo.

Al mismo tiempo, al entenderse el amor como un sentimiento más o menos complaciente, en el momento en que el sentimiento desaparece o cambia, entonces aparece el *de moda* “es que ya no te quiero”. Al tratar nuestro cuerpo y la sexualidad como mero vehículo de dar y recibir placer, el tiempo imprime en el alma, lejos de su mayor deseo, que no es otro que el de amar y ser amado, la sensación de no ser más que un mero objeto utilizable para causar sensaciones placenteras. ¿Por qué falta en muchos casos comunicación en los matrimonios adultos? Porque no han descubierto el amor y se han estado *utilizando*. ¿Por qué no cuidan los matrimonios jóvenes? Porque construyen una casa sobre el cimiento

del placer y el sentimiento es tan ilusorio como los que deciden no casarse, pensando que no comprometiéndose la casa durará más tiempo.

En definitiva, falta orientación. La gente va a la moda y no se conoce otra cosa. Nadie les ha dicho que tienen un corazón que anhela, que desea, que está sediento de amor. Pero el amor hoy está escondido debajo del ensoberbecido individualismo narcisista. Ese corazón humano actual, apresado y encerrado en las mazmorras de la modernidad mal entendida, sólo tiene un creador, un dueño y un amante: Dios. Quien no conoce a Dios no se conoce a sí mismo, ni conoce la grandeza a la que está llamado: al Amor Infinito. Sólo queda una salida para el hombre de nuestros días si quiere disfrutar la vida: re-encontrarse con Dios, su Padre, su Amigo y Confidente, su Señor. Dios nos ama profundamente pero, a la vez, Él se deja amar; y en esta experiencia de amor, una persona puede descubrir un nuevo horizonte en su vida, puede ver reverdecer su interior, sus ojos se llenan de una luz que le hace ver distintas las cosas cotidianas y otras nuevas que antes ni soñaba; el otro ya no es un objeto para mi satisfacción sino para la donación. Dios, el único Maestro fiel y verdadero del corazón humano, lo embriaga con Su dulce Amor y lo enloquece del tal forma, que deja entonces de hacerse a sí mismo la medida de todo, viendo en su *Nuevo Dueño y Señor* su auténtica pasión, y en los demás una oportunidad para vivir la gran aventura del **don**.

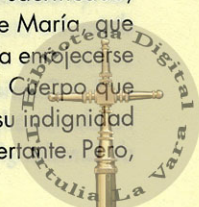
Querido Pedro, esto es el cristianismo: el Amor de Dios que revoluciona los corazones que lo encuentran durante la andadura de la vida. ¿Por qué no te preguntas qué les ha pasado a aquellos



cuyas vidas han pasado del tedio, la rutina y el cansancio a la pasión, la alegría, la vida y el color después de conocer y amar al Señor? ¿Qué les ha pasado? ¿Por qué no tienen miedo a la muerte? ¿Por qué su amor al prójimo es un acto de oblación puro, una entrega que podría llegar hasta la muerte si fuera necesario? ¿Esto es una doctrina que alguien nos ha enseñado sectariamente, o es la *misma vida de Dios que se nos ha comunicado y fluye con la sangre por nuestras venas*? ¿Cuál es el secreto del amor de Madre Teresa de Calcuta? ¿Cuál es el secreto de la vida, la alegría, la dulzura y la paz de Juan Pablo II? ¿Y el de la vida de los santos? Todo junto: un prodigio de amor; pero de amor no nacido de la carne ni de la sangre sino de Aquél que, en nuestra intimidad con Él, infiltra en nuestra sangre **la dulzura de Sí Mismo**, y que no es otra cosa que Amor.

Antonio, apasionado por la exultante narración del misterio de la Fe, que es el misterio de su vida, se ha alargado tanto que da lugar a que llegue el trono del Descendimiento.

Si tuviera que explicarte, querido mío, *qué es un cristiano*, te diría: contempla la imagen del Descendimiento de José Capuz. María, que es Madre de todos los que creemos en Cristo, abraza y sostiene sobre su despedazado pecho, el cuerpo muerto, entregado del Dios hecho hombre. ¿No comprendes? Dios, al amarnos tan locamente, *se nos entrega*, Pedro. Se nos entrega sacrificado, vaciado, ofrecido para ti y para mí. Mira el rostro de María, que aquí representa a todas las almas cristianas: sufre hasta enojarse sus maternales ojos porque ha comprendido que el cuerpo que está abrazando es el del Hijo de Dios. Ella, al sentir su indignidad y pequeñez, se estremece ante misterio tan desconcertante. Pero,



fijate *con qué amor* lo abraza; con qué ternura sus manos de madre tocan que casi acarician el Cuerpo muerto del Señor.

En definitiva, dolor de madre, dolor de hija, dolor de creyente cuyo abrazo expresa a la vez el deseo profundo que habita todas nuestras almas de *abrazarse con su Dios*, único consuelo que aquieta y apaga su sed.

A la recogida, de nuevo nuestro amigo escéptico da vueltas y vueltas a su cabeza intentando no dejarse seducir por los argumentos de su amigo y, menos aún, por el encantamiento de las imágenes, que pareciera le hablan de tanta expresividad que tienen. En concreto, no podía dejar de pensar en un paso muy amado por los cofrades marrajos, el de San Juan. Pedro pensaba qué amor sentiría por Cristo para llegar casi hasta el punto de querer agonizar con él, incluso a ser crucificado con Él. Junto a éste, María Magdalena formando conjunto, acompañaban a una madre triste, mas no derrumbada, deshecha, mas no descompuesta, la Virgen de la Soledad.

El Sábado Santo "procesionó" a la vista de nuestros personajes la "Vera Cruz" presidiendo el cortejo que cierra la "Virgen de la Soledad de los Pobres" para, finalmente, llegar al colofón de la Semana y del Misterio de la Pasión del Señor: el Domingo de Resurrección. Esta procesión, llamada "del Resucitado", fue la última que contemplaron nuestros amigos, y corre a cargo de la cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado. Oigamos su último diálogo "procesionista":

Oye, Antonio, -pregunta el burgalés- ¿por qué Jesús Resucitado aparece en la imagen con la herida de los clavos, del costado y de los pies?



Porque según el testimonio de los Apóstoles, en una de las apariciones de Cristo Resucitado, estando Tomás, el Apóstol incrédulo, el Señor le invitó a meter su dedo en el agujero de los clavos y en la herida del costado.

Pero ¿qué sentido tiene eso? ¿no ha resucitado? –pregunta insistiendo con cierto asombro el escéptico-

Otro prodigio de amor, querido, el más maravilloso. Dios no se conformó con darnos su vida sino que ha sido Su divina voluntad llevar los signos de Su sagrada Pasión para toda la eternidad. La explicación es el *amor*. Cuando el Apóstol incrédulo oye la invitación del Señor de tocar sus divinas llagas, exclama: ¡Señor mío, y Dios mío! El Santo Apóstol ha reconocido “al Señor” amante de los hombres al **mirar** las llagas de la Pasión, signo inequívoco de su amor eterno por nosotros.⁵

¡Qué lástima que a nosotros no nos sea accesible prodigio de amor semejante! -sentencia Pedro sorprendentemente en forma de lamento-

Te equivocas de nuevo, amigo, -dice Antonio-

Dios, en Su infinita sabiduría dispuso un **alimento**, un agua viva, un gozo profundísimo para nuestra alma proveniente de Su mismo Corazón. Por ello, Jesús durante Su última Cena, mientras

5 Mensaje del Papa Benedicto XVI para la Cuaresma 2007. Párrafo: “Al que *pasasara*”.



cenaba con Sus discípulos, dijo: *"Tomad y comed todos de Él porque esto es Mi Cuerpo que será entregado por vosotros (...) Haced esto como memorial de Mi Pasión"* ⁶

Pedro, el delirio de Amor de Dios sucede en la Eucaristía, **es** la Eucaristía. Dios ha querido **perpetuar** Su Sacrificio de amor haciendo de esta entrega de Su propio Cuerpo y Sangre *el único alimento y gozo y sostén para nuestra alma*. ¿Comprendes lo que esto supone? Podemos *comulgar* el Cuerpo entregado de Cristo en el Calvario. Podemos *adorar* a Cristo-Amante en la Eucaristía. ¿Ves cómo Dios ama y *hace posible* el ser amado? Por este motivo S.S. el Papa Benedicto XVI acaba de regalar a toda la Iglesia la exhortación apostólica postsinodal "Sacramento de la Caridad". Precisamente, el sentido de esta exhortación es el que te digo: en la medida en que la Iglesia toma conciencia de que su tesoro no está en su éxito en el mundo ni en servirse a sí misma sino en cuidar, testimoniar y amar a Su Señor presente en el Sacramento, en esa medida la Iglesia brilla y se hace creíble para los hombres, se hace testigo del Amor perpetuo de Dios, Amor son límites, Amor eterno. No en vano, el último acontecimiento, la última imagen que clausura las celebraciones santas no es otra que la de la santísima Virgen *del Amor Hermoso*, el Amor del que hemos estado hablando, el que, lo sepa la gente o no, congrega a cientos de cartagenos para recibir su acción Misericordiosa. Ojalá lo puedan llegar a descubrir.

⁶ Palabras de la consagración del Misal Romano.



Al término de la última procesión, nuestros amigos comieron juntos y disfrutaron de sus últimos momentos juntos. Después de descansar, avanzada la tarde, Pedro tomaría el tren para Burgos para continuar su andadura por la vida. Antes de la despedida, impulsado por su corazón y con los ojos bañados en lágrimas, nuestro amigo, ya menos escéptico, se dirigía a una Iglesia. Allí, arrodillado delante de Jesús muerto de amor por su hijo pródigo, oía a Éste susurrarle al oído:

Mira hacia atrás –Jesús le indicaba el confesonario–

Pero, Señor, si yo... hace que... desde la Comunión...

¡No te retardes más! ¡Deseo ardientemente abrazarte y besarte, acariciar tu alma y enviarte a que seas testigo de mi Amor allá en tu tierra!

Cuando Pedro salió del confesonario notaba que en su vida se había sentido mejor. Sentía el alma misteriosamente fortalecida. Además, había hablado con Cristo, cosa que un día atrás le habría parecido un delirio. De nuevo delante del Sagrario, tomando una hoja de papel que le pidió al sacerdote, escribía una poesía que iba a leer y regalar a quien había sido el cauce para el encuentro con su verdadero Amor.

Por fin, llegado el momento, en la estación del tren, se despiden.

Antonio se dirige a su amigo diciéndole:



Querido, viniste por el Puerto con Santiago y te vas por la estación de esta ciudad. Pero ¿con quién te despido? Espérate. Tengo los mejores santos protectores que te harán amar más aún esta ciudad de Cartagena: Esos santos son los cuatro hermanos cartageneros Fulgencio, Leandro, Isidoro y Florentina. Son la gloria de esta ciudad de Cartagena, junto con la Virgen del Rosel y la Virgen de la Caridad, nuestra Patrona.

Pues que me acompañen, que a mí no me molestan –responde el burgalés con humor y buen ánimo–.

Antes de la ya inminente partida, Pedro dice a su entrañable amigo:

Antonio, esta tarde he escrito algo. –Emocionado, continúa diciéndole– Quiero leértelo y que te lo guardes como recuerdo de mi paso por tu ciudad durante estos días de Semana Santa.

Adelante, Pedro. –le insta perplejo su compañero–

Dice así:

Muchas Semanas santas
me has permitido vivir.
Yo he pasado junto a Ti,
y Tu Pasión no viví.

Más allá de las luces,
más allá de las flores,
y de la gente que ríe
y que canta por las calles,
te digo de corazón:
¡nunca viví Tu Pasión!,
y yo la quiero vivir.



Si mato el sueño en la noche
para velar al amigo,
yo estaré contigo orando
en aquél Huerto de los Olivos.

Si yo le enseño el camino
a aquél que se extravió
y soy de sus ojos luz,
yo seré tu Cireneo
que ayude a llevar la Cruz.

Si termino cada día
muy cansado y sudoroso,
por atender al enfermo,
yo te estaré acompañando
por la Vía Dolorosa.

Si yo robo cansancios
y limpio ojos llorosos,
yo seré aquella Verónica
que enjugó Tu Rostro hermoso.

Si yo cambio horas tristes
por fulgurantes auroras,
te prepararé el encuentro
con Tu Madre Dolorosa.



Si yo colmo de perdón
al que un día dañó mi vida,
yo te estaré despojando
de Tu corona de espinas.

Si yo grito a los vientos,
Eres inocente, yo te amo,
y me siento agradecido,
yo seré bálsamo bueno
para curar tus heridas.

Si el corazón dice AMÉN,
ante penas y amarguras,
cuando pasen estos días,
podré decirte, Señor,
¡ya viví Tu Pasión!⁷

Con un sentido abrazo, ambos satisfechos, nuestros amigos se despidieron, el uno lleno su pecho de amor, y el otro de consuelo y admiración por la fe naciente que empezaba a brotar en su amigo y que se iba ya montado en su tren.

7 Poesía de María Emilia Martínez Morales. Sin editar.



Ojala el poder de las entrañas profundamente amantes de Cristo muerto y resucitado consiga volcar nuestros corazones esta Semana Santa para que, si Él lo quiere, todos podamos sentarnos un día en la misma Mesa, con un mismo Padre y los mismos hermanos que, ahora, a tientas, buscamos corresponder a tanta gracia, tanta hermosura, tanto Amor.

Muchas gracias por su atención

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo

Excmo. y Rvdmo. Mons.
D. JUAN ANTONIO REIG PLA
Obispo de Cartagena



ÍNDICE

I. Saludos iniciales	5
II. Introducción	6
III. Desarrollo	8





CAM

Caja de Ahorros
del Mediterráneo



OBRAS SOCIALES